

320
abel-romero castillo



nuevo
descubrimiento de
guayaquil

(primer romancero
guayaquileño)

1931 - 1935

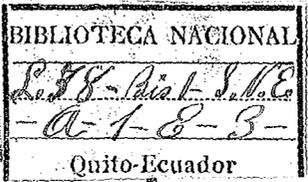


Anotado por el Jefe de Canjes



quito
1938

860-1(866) castillo
C.352a
J.1



ENVIO DE LA
EDITORIAL ATAHUALLPA.

NUEVO DESCUBRIMIENTO
DE GUAYAQUIL

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
Su Venta es penada por la Ley

De este libro se ha hecho
un tiraje especial de 260
ejemplares en papel plu-
ma, numerados y firma-
dos por el autor.



Ejemplar Núm......

Es propiedad.
EDITORIAL
ATAHUALLPA
QUITO. — 1938



260-1(866) CASTILLO
C.B.E. 20
✓

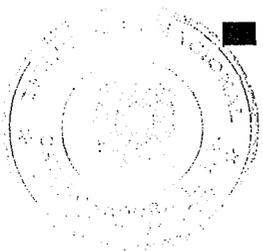
ÁBEL ROMEO CASTILLO

NUEVO DESCUBRIMIENTO DE GUAYAQUIL

PRIMER ROMANCERO
GUAYAQUILEÑO

(1931—1934)
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
No. 7329 AÑO 1991
PRECIO DONACION

0002835-J
PROLOGO DE
BENJAMIN CARRION



COLECCION NUEVA POESIA
QUITO
1938



Romancero de Guayaquil

SER la voz de una hora. Ser la voz de un pueblo o la voz de una raza. Ser la voz de un ancho anhelo humano. Ser, hacia adentro y hacia afuera, la propia voz. He allí el viejo problema de la estética. De la estética en letras, directa, concreta, inteligible, en especial. Para intentar resolverlo, se nos ofrece la interrogante prieta, aguda, delgada, de la forma expresiva. De la manera y el tono que hay que dar a la voz.

Esta pregunta ha sido contestada perentoriamente por el genio: Virgilio halló la voz de la égloga, transponiéndola, acaso, de los sonos de los flautistas campesinos. Villon, halló la voz del pueblo, en la vida desnuda de las Cortes de Milagros. Jorge Manrique halló la voz del desencanto humano — más adentro aún que Salomón —. Goethe, la voz de todos los anhelos vitales. Baudelaire, la de la angustia humana. Más cerca — de nuestra hora y de

nuestro cariño — Federico García Lorca halló la voz eterna de España: una de las voces esenciales del hombre, que supieron decir Santillana, Gracián, Lope de Vega, Teresa de Ahumada.

Esa lucha por hallar el módulo expresivo, siempre tan difícil y trascendental, se plantea ahora con mayor agudeza, con más urgido afán de solución, ante el anhelo de poner al servicio de la causa del hombre, para la justicia y la bondad, la fuerza, el interior poético, el poder de mensaje que algunos hombres traen a la vida.

La nueva sensibilidad, que es la flor de la nueva justicia, pide su acento y su tono. No se puede decir nuestra emoción de hombres que quieren servir al destino del hombre, con el mismo ritmo — interior ni exterior — que dieron a su voz los poetas de la arcadia italianizante: Boscán y Garcilazo; ni con el que, luego, cantaron su dolor egocéntrico — lago, barquilla, luna; cruz florecida y melena rebelde — los hombres de 1830; tampoco con el que, modernamente, dijeron su trasplante de indios y de criollos enamorados del preciosismo europeo de trianones y luises, los modernistas americanos que siguieron al chorotega Darío.

La nueva sensibilidad busca, urgidamente, su expresión. Y entre los que la han encontrado, en integridad de tono y medida, de clima y de luz, se halla el poeta granadino Federico García Lorca, asesinado por los bárbaros.

García Lorca no se apartó — como no se han apartado los dos más grandes poetas españoles

vivos: Juan Ramón Jiménez y Rafael Alberti — de las esencias literales de España. Fué a buscar en ellas, con el ánimo pura y la intención cristalina, las normas de su cántico; porque en ellas — literalidad es profundidad — se encuentran también las esencias más hondas de lo hispánico. García Lorca tenía que decir la voz nueva de lo español de hoy. Y no iba a atardarse, bizantiñamente, en buscar módulos expresivos que, por ser originales podían no ser poéticos; cuando la urgencia de su voz — lo ha comprobado la tragedia prematura de su sacrificio — no daba dilaciones.

¿Buscar un nuevo molde para lo inefable?
¿Para qué? Allí estaba el idioma de cántico que emplearon, antes de los mester de clerecía, los cantores populares y anónimos. Allí estaba el idioma de cántico que usaron, después, los más puros y ricos poetas españoles: Santillana y Juan Ruiz, Mena y Manrique. Luego, en altura y perfección de hispanidad y poesía, Góngora, y Lope. Lope, el poeta mayor de las Españas; ese que, al cantar, cantó el canto suyo y el canto de su pueblo, para siempre.

Ese idioma de cántico español, es el romance.

Cuatro siglos después de Lope. Cuatro siglos exactos. García Lorca recoge aquella voz mayor, la revive, la renueva. Y metiéndose dentro de ella, que es la voz auténtica de España, dice el destino y la cifra de la nueva hispanidad. La nueva hispanidad, que estaba preñada de un destino inmenso: si en el siglo XVI estaba lactando un mundo para lanzarlo al mun-

do; si en el siglo XVII estaba enseñando a hablar su idioma al Continente Nuevo, por ella descubierto, y valiéndose de lo cristiano para cumplir su vocación eterna de universalidad. Ahora, en este siglo XX, la hispanidad eterna halló una obra mayor, más honda y más vasta que cumplir: hacer de sí misma — de su cuerpo y su espíritu — el nuevo crucificado de la justicia, para la redención efectiva de los hombres. De todos los hombres.

* * *

Un poeta nuestro, con intención de canto, con premura de voz, con poética interior, quiere expresarse. Quiere decir lo que, dentro de sí, con amor de tierra, de paisaje y de clima, pertenece a la nueva sensibilidad de las gentes del trópico, su caliente patetismo, formado con barro de americanidad, con espíritu fundamental de hispanidad. ¿Buscar un molde nuevo para el cántico? ¿Para qué? Allí está, rico de sonoridad, rico de alma, el idioma de cántico que, habiendo sido de los cantores anónimos, fué de Juan Ruiz y Santillana, de Mena y Manrique, de Góngora y Lope. El idioma de cántico que, cuatro siglos exactos después de Lope, había revivido y renovado el poeta mayor de la hispanidad de hoy: Federico García Lorca, asesinado por los bárbaros.

Abel Romeo Castillo, hombre de larga andanza por los caminos del mundo

¡Nadie sabe como yo
lenguaje de los pañuelos
agitando en los muelles
sacudiendo el aire trémulos!
Nadie como yo nació
con destino marinero.
(¡La única flor que conozco
es la Rosa de los Vientos!)

hizo un alto, que comprendió toda su primera juventud ilusionada, un alto extenso y profundo, y para ello eligió como su casa de amor y estudio a la ciudad cabeza de todas las Españas, Madrid. Abel Romeo Castillo, tan de su América, tan de su Guayaquil caliente, pero igualmente tan de la España de todos, sintió el imperativo del canto y, para expresar la flor de su emoción — emoción de vida joven y de tierra joven — escogió el ritmo y la estrofa más nuestros, por ser más españoles: el romance.

Y en el romance — voz solariega, voz blasonada, voz española entre todas las voces — Abel Romeo Castillo ha dicho lo más puro, lo más auténticamente guayaquileño que haya oído mi oreja siempre atenta, siempre inquieta y sensible a los sonidos de americanidad. De tan ascendrado, de tan cálido guayaquileñismo; con tanta ternura de hijo que estuvo lejos y regresa, que hemos sentido la tentación de pensar que a las ausencias largas de adolescente y hombre se deben esas esencias inefables de emoción, más difíciles de decir para quien tiene el paisaje querido incorporado cotidianamente a su vida, como una categoría cordial pero monótona, familiar, doméstica.

Así cómo para expresar eso que los portugueses llaman saudade, los catalanes añoranza;

*¿Mar desde el huerto;
huerto desde el mar?
¿Ir con el que va cantando;
oírlo, desde lejos, cantar?*

según la definición profunda de Jiménez; así cómo para expresar, un poco más cercana y prietamente, ese sentimiento confinante con lo inexpresable, es necesaria la postura de lejanía en el espacio —y en el tiempo—; así también para comprender la expresión de ese sentimiento, se precisa la inefable sabiduría de las ausencias; saber —como yo sé— que en los retornos mucho se ha muerto en nosotros, mucho se ha muerto, de lo nuestro —años y días, hombres y mirajes—, frente a nosotros.

Por eso creo tener aptitud de emoción para sentir y entender a Castillo cuando nos cuenta cómo, en España, buscando viejos pergaminos y mapas para la historia de su ciudad, tuvo la revelación patética de su drama de ausencia:

*Y una ternura prensada
quien sabe por cuanto tiempo
— ¡quién sabe por cuantos siglos —
se me desbordó de adentro.
Humedeció mis pupilas
sin yo poder contenerlo.
Me inundó de suavidad
saltó de mis ojos trémulos
y fué a caer sobre el plano
mojando sus nombres viejos.
¡Nunca sobre Guayaquil
cayó tan dulce aguacero!*

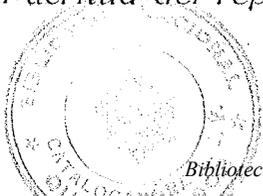
Está bien Castillo, esó de la «ternura prensada». Prensada por el acumulo de historia y de leyenda; de leyenda familiar, de «cuando eran cabildantes-abuelos de mis abuelos», como usted dice; pero más cercana de usted, prensada en prensa viva de amor vivo:

*Guayaquil tiene una calle
la calle tiene una casa
y la casa mi niñez
y un par de cabezas canas.*

* * *

Lo que más vale de la lírica contemporánea del Ecuador actual — así lo he afirmado en el INDICE DE LA POESIA ECUATORIANA CONTEMPORANEA, y estoy dispuesto a mantenerlo — se halla en la izquierda. En los poetas de emoción revolucionaria en lo político y en lo social. Pero también he sostenido que esos poetas, con hallazgos preciosos muchos de ellos, se encuentran todavía en la busca de su forma expresiva, para llegar al pueblo sin sacrificar el arte. Por lo menos para llegar al hombre con su voz de poesía.

He dado mucho de mí mismo, de mi afán de comprender — estéril o logrado, no importa — a los escritores y poetas novísimos del Ecuador. Esa intención de simpatía permanente me da derecho — ante mí mismo — para esperar que mi juicio, cuando alguna vez contiene la cordial acritud del reproche, o la desnuda lealtad



del reclamo, sea recibido como es él, limpio y diáfano. Reclamo mi derecho a que se me escuche, claro y alto, porque estoy hablando a los míos, a los espíritus que tienen vocación y dones para la obra artística, fuerza y amor para la obra revolucionaria.

Pues bien, y mi reclamo entraña una aparente contradicción: los poetas jóvenes del Ecuador, por su empeño, exacto y noble, de ser revolucionarios integrales, sin concesión alguna a lo burgués, han llegado imperceptiblemente al principio, muy claramente después, al alejamiento del pueblo. Por temor a lo burgués, han huído de la poesía, pero no han llegado a los hombres. Entonces, ¿qué ha ocurrido? Pues que cada poema ha sido un éxito de lectura íntima, entre compañeros. Han olvidado que el poema, como buen obrero de la revolución, debe hacer bien su oficio: ser poema.

Menos mal que la poderosa intención está venciendo ya todo. Augusto Sacotto Arias, canta la tragedia de los niños vascos, con voces y ritmos que aconsejara Lope; con imágenes que placieran a Góngora; Pedro Jorge Vera, usa el romance para decir su dolor luminoso ante la ida trágica de García Lorca, para hacer el anatema por el GUAMBRA ZAMBRANO; y así, Carrión y Guerrero, Enrique Gil y Estupiñán. Manuel Agustín Aguirre, el de los carteles tremendos, no pierde calidad de imagen y cada día, hace el esfuerzo para, sin abandonar la poesía, llegar a las masas.

El ensayo de Abel Romeo Castillo, al intentar el romance, me parece un esfuerzo va-

liente para encontrar la ruta y señalarla. No para que todos escriban romances. Sino para que tengan el valor, el inmenso valor entre poetas, de no sacrificar las esencias del canto, ni la intención del canto, a la originalidad — nihil novum... — de la forma.

Alguna vez, en artículo o conferencia, se ubicó a Castillo como «el representante de la literatura burguesa del nuevo grupo»; con ese infantil afán de encasillar, de etiquetar, tan estéril y tan vacío. Yo sostengo que la corta, aunque rica en calidades, obra poética de Abel Romeo Castillo, no da mérito alguno para magistralizantes encasillamientos, de orden más complejo y más vasto. Sostengo que sus romances tienen alma, sonido, clima populares. Y sostengo, finalmente que su esfuerzo expresivo, es algo de lo más logrado en los últimos tiempos, en el plano de llegar a las gentes sencillas, por los caminos llanos de la emoción sencilla. Sin sacrificar la poesía.

* * *

Me han gustado mucho los romances criollos de Abel Romeo Castillo. A decir ese gusto vienen estas líneas. Y a decir también, un poco, el por qué de ese gusto.

Por carta y coloquio con César Naveda —ese malogrado gran muchacho de la inteligencia y de la acción— conocí las inquietudes espirituales de Abel Romeo Castillo. Supe que, a más del investigador que cumplía, en cum-

plimiento apasionado, su misión de estudio y búsqueda de archivos, había allí una sensibilidad propicia a la emoción, una inteligencia fina, curiosa de todas las verdades y todos los enigmas, vibrando por entender el mundo.

Luego, es a Madrid a quien debemos, usted y yo, Castillo, la víspera y el día de nuestro entendimiento. Un Madrid con dictadura pero con esperanza. Un Madrid con dictadura, pero con voces altas y resonantes, de rebeldía indomable. Un Madrid en el que, a pesar del Primo de Ribera recién caído y del Berenguer recién encaramado, la brutalidad de la bota pretoriana no silenciaba las admoniciones libertarias de Azaña, de Domingo, de del Vayo. Un Madrid que tenía su profeta mayor en Unamuno. Su mago de cábala y augurio en Valle Inclán. Su fabuloso vendedor de sueños en Benavente. Un Madrid mirado a través de la X de sus greguerías por Ramón Gómez de la Serna. En el que aún no se enturbiaban de cobardía las lecciones de Ortega. Un Madrid en el que aún Marañón no traicionaba...

Usted, Castillo, había ya conquistado algo que cada día se hace mayor honra — gloria mayor iba a decir —, entre las gentes libres: ser hombre de la calle en Madrid. Se le escuchaba ya a la gran villa, en esas horas anchas de cordialidad, la vibración poderosa, el jadear caliente, el clima de fragua y de laboratorio. Con los estudiantes españoles usted, Castillo, había compartido el júbilo, el delirio, la rabia y la pedrada, en esa lucha por ser libres, en esa lucha por ser hombres, que tiene empeña-

da España desde su nacimiento. Con usted vi España, mi España. Madrid, mi Madrid. Y por haberlo visto con usted, en horas de anhelo apasionado, se me ha quedado muy adentro la visión, muy grabada la cara, la amplia cara generosa de esa ciudad que hoy ha alcanzado la capitanía heroica de todas las ciudades del mundo.

En Madrid ya supe, Castillo, que usted había de decir sus voces de intimidad y de poema. Por eso es que cuando, sin cuentagoteos de crítica eunuca, alabé con franca y ferviente justicia —yo creo en la justicia cálida— su gran documento historiográfico LOS GOBERNADORES DE GUAYAQUIL DEL SIGLO XVIII, le reclamé al mismo tiempo el pago de su deuda interior; y con la ciencia de conocer su sensibilidad y la de saber su inquietud estética, le pedí que, después de haber descubierto la verdad guayaquileña, guardada en los viejos papeles carcomidos de los archivos españoles y habérnosla dado en un gran libro austero; nos descubiera la verdad guayaquileña en su espíritu, a través de su sensibilidad nostálgica, y nos diera su Guayaquil de adentro, el suyo, el de su cifra y su destino, el de su sonrisa y su lágrima. Ese Guayaquil de la promesa y la esperanza:

Guayaquil te tiene a ti
oh desconocida amada.

Estos romances son, para mi, la respuesta a ese pedido. Como los quería, sencillos y hondos, estremecidos de sinceridad.

* * *

Usted, Abel Romeo Castillo, lleva en su espíritu acumuladas las visiones de todos los panoramas del mundo. Tiene la sabiduría de todos los colores del sol y del mar. Y tan de lejanías se ha nutrido su inquietud, que ya ha adquirido el derecho a mentirnos una geografía y una historia del mundo, como Simbad el Marino.

Su aprendizaje ha sido aprendizaje de nociones: ha visto usted en muchos sitios la vida de los hombres, con su miseria, su dolor y su larga esperanza. Puede decirnos muchas cosas de sabiduría, de experiencia. Pero también puede, y debe, decirnos cosas de emoción. Porque su aprendizaje ha sido también aprendizaje y afinamiento de sensibilidad.

En el viaje ha ascendido usted el amor de la tierra, en toda su amplitud humana de paisaje y de vida. Y ese amor está dicho con unción filial en sus romances. En ellos ha probado usted su fantasía y su poder de imagen. Ha probado usted su poder de expresar la emoción. Con ellos ha contraído usted, Castillo, el deber de ser el poeta nuevo de la tierra cálida. El poeta nuevo de su Guayaquil.

Benjamín Carrión.

DEDICATORIA

A los aljibes del Cerro.



A la islita ratona de frente Durán.



Al callado corredor oscuro detrás de la Rotonda.



*A la querida voz abuela de las campanas de
la Catedral.*



*Al padrecito Olmedo, confinado en efígie, a un
árido e irrespetuoso territorio de cascajo.*



*A un Guayaquil habitado sólo por negros ven-
dedores de piñas y serranos pregoneros de
naranjillas.*

NUEVO DESCUBRIMIENTO DE GUAYAQUIL

*A Manuel Eduardo y Zaida Letty Castillo,
mis hermanos y alentadores,*

**Te descubrí, Guayaquil,
de polizón en mi pecho,
una tarde entre penumbras
de ausencias y de recuerdos.**

**Yo estaba ausente de tí
muchos años y muy lejos.
Pero seguía tus huellas
en acartonados pliegos
en códices amarillos
y pergaminos añejos.
(Sin afán pesquisidor:
con un suave sentimiento).**

**Papeles con palidez
y debilidad de abuelos
me hablaban con voz sin dientes**

de tu borrado pretérito:
tus más heroicas hazañas
y procederés más rectos
tus pasados esplendores
gallardías y denuedos.

(Yo estaba como dormido
de evocación y respeto).

Pero fué un antiguo plano
el que me golpeó más recio
y cuajó imágenes limpias
en nebulosas de ensueño.

Plano con radiografía
de coloniales esteros
donde las calles de hoy
mostraban sus abolengos
culebreando dentro el barro
esquinando sus trayectos
o abriendo paso franco
gracia a sus nombres ingenuos...

(Calles Real y de la Orilla,
de la Matriz y del Cerro.
Plazuelas de San Francisco
y de la Estrella. Paseo
de la Legua, Cangrejito,
Ciudavieja y Astillero).

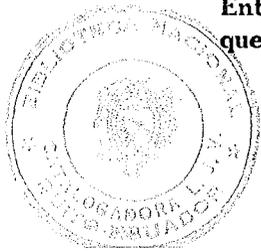
Entonces manó mi esencia
pura de guayaquileño
y me iluminó la luz
de pasados días muertos,

de un Guayaquil pequeñito
—sede de corregimiento,
cabecera de provincia
o de República, el centro—
que supo del Mar del Sur
ser el primer astillero,
que agonizaba en cenizas
y resucitaba erecto,
que rechazaba piratas
e indeseables extranjeros
por la fuerza de las armas
o con el vómito prieto.
Que asistía a misa de alba
y cesaba en su recreo
cuando una voz pregonaba:
“¡Las ocho, claro y sereno!”

Que estaba siempre asomado
a la ventana del puerto
esperando velas blancas
del Istmo, Callao o Méjico.

Que comerciaba en cacao
en cascarilla y maderos.
Y doblones que ganaba
los derrochaba en festejos:
en proclamación de reyes
en duelos o nacimientos,
en procesiones de corpus
y en saraos bullangueros
donde lucían los hombres
el donaire de sus cuerpos
y lindas guayaquileñas
un pié como un camafeo.

Entonces, supe por mí
que yo era de esos linderos:



de un Guayaquil antañón,
pueblerino, simple, bueno,
de un Guayaquil de leyenda
que ya no es más que recuerdo.
De cuando eran cabildantes
abuelos de mis abuelos
criollos ascendientes míos
—no sé si por parentesco
o porque eran como yo
genuinos guayaquileños—.
(Guayaquil de aquel Saravia
primer cronista parlero,
Guayaquil de aquellos Castro
que defendieron tu suelo,
Guayaquil de aquel Aguirre
gobernador tan austero
que se dejó su caudal
en mejorías para el puerto.
Guayaquil independiente
en que gobernaba Olmedo
que vió actuar a Letamendi
a León de Febres Cordero
a Urdaneta y Villamil
a Jimena y Escobedo).

Y una ternura prensada
quién sabe por cuánto tiempo
—¡quién sabe por cuántos siglos!—
se me desbordó de adentro.
Humedeció mis pupilas
sin yo poder contenerlo.
Me inundó de suavidad
—¡a mí que soy tan entero!—
y fué a caer sobre el plano
los nombres humedeciendo.

(¡Nunca sobre Guayaquil
cayó tan dulce aguacero!)





Esta es narrada la historia
del nuevo descubrimiento.

Y allí fué el primer romance
en que se ensayó mi verso.

« Se ha llenado de luces
mi corazón de seda,
de campanas perdidas,
de lirios y de abejas.
Y yo me iré muy lejos,
más allá de esas sierras,
más allá de los mares,
cerca de las estrellas,
para pedirle a Cristo
Jesús que me devuelva
mi alma antigua de niño
madura de leyendas,
con el gorro de plumas
y el sable de madera ».

FEDERICO GARCÍA LORCA.

(Balada de la Placeta).

ROMANCES DEL 800

HAZAÑA Y TIMBRE DEL 9 DE OCTUBRE

(1820)

*A Pepe Pino de Ycaza y Adolfo H. Simmonds,
antiguos y queridos amigos.*

GUAYAQUIL quiere ser libre.
Es voluntad de su pueblo
que no mande en la provincia
el gobernador Vivero
ni sigan los chapetones
pisando fuerte su suelo
ni asomado en el Cabildo
rostro de Fernando VII.

¡Guayaquil quiere ser libre
y que lo gobierne Olmedo!

Alta aún la madrugada
— húmeda de los luceros —
al cuartel de artillería
va León de Febres Cordero.
(El cordero quedó en casa
sólo va el león resuelto).
¡Quién vive! — osan darle el alto —
¡Quién va a vivir sino el pueblo!

Cuando el cuartel se despierta
ya tiene la Patria un puesto.

Letamendi, mientras tanto,
va al cuartel de los dauleños.
Allí Magallar resiste
pero cae sin remedio.
A la flotilla española
llegan patriotas a remo.
Unos barcos se deslizan
y otros caen prisioneros.

Vecinos: ¡Viva la Patria!
¡Muera Don Fernando VII!

A las seis de la mañana
Villamil, trémulo acento
rubrica célebre frase
broche de oro del momento.
A las nueve es aclamado
el héroe Febres Cordero.
El vecindario le grita:
«¡Eres el Jefe Supremo!»

Y él dice: «¡Nó! ¡Sólo soy
un sirviente de este pueblo!»

Ya Guayaquil está libre
gracias a su propio esfuerzo.
Su primera autoridad
es José Joaquín de Olmedo.
Hay una estrella en su escudo
en su bandera un recuerdo
y en el pueblo una alegría
que reboza de los pechos.

Sólo falta una inscripción
en caracteres muy gruesos
un gran letrero que diga:
«¡Vivan los guayaquileños!»

CONJUNCION Y ENTREVISTA DE BOLIVAR Y SAN MARTIN

(26 DE JULIO DE 1822)

*Para Augusto González-Castro y Max Celi,
en Buenos Aires.*

1

Don José de San Martín
— águila de cumbre andina,
porte de guerrero antiguo,
terciopelada patilla —
en tierra guayaquileña
quiere hablar con Bolívar.

Nave de guerra, imponente
sobre el agua se perfila,
mostrando la dentadura
blanca de su artillería.
Barco de guerra patriota,
amigo de sus amigos.
Sobre Guayaquil descargan
su estruendo las baterías,
pero en deferente salva,

Nuevo Descubrimiento 31
de Guayaquil

no en actitud agresiva.
Por boca de sus cañones
habla la boca argentina.

(«Macedonia» se llamaba
goleta que lo traía).

2

La ciudad gime de gozo
al saber de tal visita
y va a vestirse de fiesta
para asomarse a la orilla.

Ya Guayaquil no es república
sino tan sólo provincia
que su suerte,—a cara o cruz—
se la ha ganado Bolívar.
Guayaquil está de luto
desde hace muy pocos días,
— que perdió la libertad,
su hija recién nacida. —
Pero enjuaga con afán
dolores que la marchitan
y en honor de San Martín
florece en suaves sonrisas.

(¡Talvez pueda el Protector
devolverle su alegría!)

3

La «Macedonia» agradece
el impulso de la brisa
y ya se detiene arriando
velas que la conducían.
Gallardetes en el mástil
proclaman altas insignias.

Edecanes portadores
del saludo de Bolívar,

de la borda de estribor,
trepan por la escalerilla.
San Martín les agradece
con una venia precisa
y se entrega prisionero
de la gentil comitiva.

Un bote con doce remos
a Guayaquil lo aproxima.
(¡ Los remos quieren ser alas
para llegar más a prisa!)

4

Ya San Martín, descubierto,
llega al muelle de la orilla
y se dispone a encontrarle,
solemne, Simón Bolívar.

(Escenario: el Malecón
Telón de fondo: la Ría).

San Martín viste uniforme
austero de suave línea.

Gran tenida de parada
luce el General Bolívar.

Dentro de un estrecho cuadro,
intersección de dos vidas
con un mismo ideal patriota
y dos órbitas distintas,
el Protector San Martín
y el Libertador Bolívar
en tierra guayaquileña
por primera vez, se avistan.

Nuevo Descubrimiento 33
de Guayaquil



Soldados presentan armas.
Rompen en algarabía
cajas de guerra y clarines.

Atruenan cálidos vivas.

Las campanas ensordecen.

Arrojan flores las niñas.

Los dos prohombres se abrazan
con emoción contenida.

Los cronómetros se paran
marcando esa hora magnífica.

Y así abrazados, la Historia
graba una calcografía.

5

Al visitante conducen
a una morada patricia;
casa de los Luzarraga
con toldas y celosías.

Damas le esperan ahí
por rendirle pleitesía.
Como son guayaquileñas
su belleza es exquisita.

Carmencita Garaicoa
— sol entre planetas, — brilla

por el talle inverosímil,
por la mirada retinta
y los diecisiete lirios
de su juventud magnífica.

La punta del pié de seda
su encantamiento anticipa.

Como una rosa le brota
del pecho, voz cristalina.

En nombre de sus hermanas
pronuncia la bienvenida
y una corona le ciñe
sobre la testa apolínea.

El Aníbal de los Andes
se turba ante aquella niña
y ante su proximidad
perfumada que fascina.
Con las manos agitadas
la floral preseña retira
de sienes por la modestia
y el calor humedecidos.

Y con palabras gentiles
de esta manera se explica:
«Tenéis aquí otras personas
de este homenaje más dignas.

.....
Más conservaré el recuerdo
por venir de manos lindas».

Carmencita Garaicoa
le lanza una serpentina
desde la gruta de perlas
donde vive su sonrisa.

En rubor primaveral
florecen las crinolinas.

Los caballeros asienten
donosa galantería.

Y un cigarro del río Daule
muerde Don Simón Bolívar.

6

Acallados los clarines.
Campanas enmudecidas.
En silencio la poblada
que frente el balcón atisba.
Marchados los levitones
de las personas conspicuas.
Ausente el rumor femíneo
de almidonadas batistas.

Edecanes cancerberos
cerrando entrada y salida.

Por testigos las paredes
de una sala pequeñita.

Cuatro vueltas a la llave.

Prisioneros de su enigma,
Bolívar y San Martín
ya frente a frente se miran.

Escrútanse, desconfiados,
con sus miradas más vivas.

Signos de interrogación
les baja por las patillas.

(Las palabras que dijeron
ningún moral las oiría).

TRANSITO Y GLORIA DE OLMEDO

(1847)

(«F la una de la madrugada de hoy, ha fallecido en esta ciudad el señor don José Joaquín Olmedo»... De un periódico del viernes 19 de Febrero de 1847).

*A Benjamín Carrión y Jorge Ycaza,
con admiración y cariño.*

I

La agonía.

¡Olmedo se está muriendo!

El severo hogar patricio
se ensombrece de inquietudes
y se puebla de suspiros.

Mano suave que esculpió
joyas de primor antiguo
no puede empuñar el lápiz,
agarrotada de frío.

Ensortijados cabellos
nimban el frontal magnífico.
Caretas de la agonía
cubre el semblante aquilino.
Los estertores le vierten
blanca palidez de Cristo,
patético gesto amargo
de viejas tallas de Quito.

Guayaquil está llorando
en un fúnebre anticipo.
¡Guayaquil se siente madre
a quien se le muere un hijo;
estampa de rectitud
imagen de varón digno
fragua de sabiduría
espejo de patriotismo!

(¡El que en Cádiz defendió
con bella razón al indio;
el que sembró Libertad
un despertar octubrino;
el que a la joven República
enderezó y dió sentido
en aquel gran seis de Marzo
del año cuarenta y cinco!...)
¡Ave canora del Guayas
que juntó en un solo pico
silbo de cacique épico
canto de canario lírico!

II

La muerte.

¡Olmedo se está muriendo
entre sábanas de lino!
Almohadones se humedecen
con agónico rocío.

Angeles laicos rodean
lecho de laurel y pino

esperando la señal
para escoltarlo al Empíreo.

Dos sacerdotes le asisten
y ungen los óleos benditos
cuando pierde la conciencia
por hondo quebranto físico.

Una mariposa negra
aparece de improviso.
El parte de defunción
en sus alas ha traído.
Olmedo la ve entre sueños
pero comprende su aviso.

Un rayo de luz violeta
le tiñe el rostro amarillo.
Cruel conmoción engatilla
dientes de color blanquísimo.
¡Ya se estremece violento
y cabecea vencido!

¡Ya se escapa del cerebro
último vital fluído
en ese relampaguear
de su mirada de vidrio!
¡Ya su cuerpo se ha quedado
inerte, duro, vacío!

Perros gritan en la calle
la noticia con aullidos.
Nadie puede contener
el doloroso estampido.

Recio aguacero de lágrimas
en párpados contenido
se desencadena súbito
y se exterioriza en gritos.

Los ángeles han tomado
su maravilloso espíritu

y lo conducen en brazos
con suave aleteo rítmico
entre nubes de algodón
y música de suspiros.

III

El Velorio.

Amanecer de Febrero
cálido y humedecido.

Guayaquil está de pié
ante su difunto lívido.

Entre tragos de coñac
sorbos de café retinto
y nebulosas de humo
monta su velorio típico.

Las campanas tienen todas
lágrimas en el tañido.

Los sacerdotes musitan
responsos en buen latino:
«Clamaveate tibi, Dominus...»
¡Requies in pace, Joachino!...»

La madrugada ha llegado
con crespones de aire tibio
corona de nubes rosas
y luto descolorido.

Luces sideral y urbana
eclípsanse de improviso.
Sólo quedan temblorosas
las estrellas de los cirios.

Guayaquil está de pié
ante su difunto lívido
con un pañuelo en la mano
todo de negro vestido.

IV

El Entierro.

La calle es un solo bloque
firme de negro granito.

Una carroza enlutada
se abre paso entre el gentío.
Cuatro corceles la arrastran
caminando con sigilo.
Los cuatro llevan gualdrapas
negras con dorados fillos.

Ya bajan el ataúd
en hombros de los amigos.

La caja es pequeña y llana:
negra con plateados brillos.

Soldados presentan armas
y suena un fúnebre himno.

Doña Rosa Icaza gime
desde el balcón y los hijos
rasgan la solemnidad
con sus afilados gritos.

La marcha inicia el cortejo
camino de San Francisco
El cofre es como una barca
surcando un mar de mutismo.

Todos quieren poner su hombro
en homenaje afectivo.

Las autoridades llevan
las fajas de raso fino.

La carroza sigue atrás
con los florales envíos.

El pueblo está descubierto
demudado y conmovido.

Hay un terrible silencio
que perdurará en los siglos.

.....

ROMANCE DEL CONSPIRADOR ENAMORADO

(FINES DEL 800)

*A Enrique y Alba de Gil Gilbert,
con toda simpatía.*

Góndola del Malecón,
esa del bretero negro
y de las mulas que llevan
el paso alegre y ligero,
llévale a mi enamorada
a su ventana del Cerro
— sin que se entere la brisa —
este recado secreto:
«No me esperes esta noche
morena, porque no puedo.
Que hoy es por fin la revuelta
y en la calle gritaremos
a las tres de la mañana:
¡Viva el caudillo del pueblo!»

¡No me esperes esta noche
morena, porque no puedo!

Nuevo Descubrimiento
de Guayaquil 43

Las tres en la Catedral
y las tres en San Alejo.
Con el dedo en el gatillo
de mi pistolón de acero
el tañir de las campanas
de San Francisco deseo.
¡Ah, ya empezado a tocar
los cuartos el campanero!
¡Un golpe duro ha sonado
en el aire y en mis nervios!
¡Ya voy a dar la señal
apenas vuelva el silencio!
Mas, ¿Qué es esto? ¿Quién me agarra?
¡No me toméis prisionero!

¡Matadme si es que queréis
quitarme el ideal que tengo!

No me duele el calabozo
ni las cadenas de hierro.
Me duele más la traición
de los que nos prometieron
echar la tropa a la calle
y luego se arrepintieron.
Me duele mi enamorada
y encontrarme de ella lejos,
proscrito de sus palabras
desterrado de sus besos
ausente de sus miradas
y esposado a su recuerdo.
Derrotado en su presencia
malbaratado y maltrecho.

¡Me duele más el fracaso
que las cadenas de hierro!

No me esperes esta noche
morena, porque no puedo.
Ni mañana ni pasado
¡ni quien sabe hasta qué tiempo!
que hoy nos mandan a la sierra



en rebaño cuartelero.
Al Panóptico me llevan
morenita y yo no tiemblo.
Este baile de San Vito
de mi cabeza y mis miembros
es temblor de paludismo
que me mordió en el encierro.
En Quito voy a morir:
tengo ese presentimiento.

¡Si muero, que otro te quiera
negra, como yo te quiero!

ELEGIA MARINERA DE GUAYAQUIL ANTIGUO

(«... Este astillero, es la cosa más digna de estimación que tiene este río, en que se fabrican y carenan casi todos los navíos que navegan en el Mar del Sur». — Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Memorias Secretas*, 1736).

*A Rigoberto Ortiz y Alfredo Pareja Diez-Canseco,
vuelto del exilio.*

La ría del Guayas llora
sus arsenales desiertos,
el prestigio de otros siglos,
la fama de años pretéritos,
cuando las velas gritaban
blanca alegría en su puerto
y repicaban martillos
en sus vastos astilleros.

(¡Ay, cómo me duele a mí
este gran pasado muerto!)

A la orilla, bajo el sol,
se aprestaban los veleros

para largas travesías
a mares de Chile y Méjico.
La fragancia del cacao
rebosaba de los huertos
y se marchaba a impregnar
horizontes extranjeros.

(¡Qué fragancia no sería
que me embriaga su recuerdo!)

Navíos de guerra y paz
por real mandato se hicieron
con madera de sus bosques
y sudor de sus obreros.
En toda la Mar del Sur
no hubo ningún astillero
con mejor guachapelí
ni carpinteros más diestros.

(¡Nunca un pirata abatió
a un galeón guayaquileño!)

En la ciudad palpitaban
corazones marineros.
Los ojos estaban fijos
en la ventana del puerto.
Por el gran camino húmedo
vino lo malo y lo bueno;
padres de la independencía
y feroces bucaneros.

(¡Cavendish, L'Hermite, Dampier!
¡Villamil, Sucre y Cordero!)

Y tal fama y tal prestigio
antañones, ¿qué se hicieron?
¿Por qué está callado y sordo
el febril apostadero?
¿Dónde se mecen las quillas

de los navíos porteños?
El velamen de los barcos,
¿adónde lo llevó el viento?

(¡Ay, cómo me duele a mí
este gran pasado muerto!)

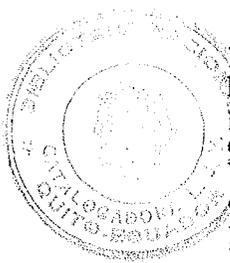
ROMANCES DEL 900

ROMANCE DEL INCENDIO

*A Joaquín Gallegos Lara y
Demetrio Aguilera Malta,
camaradas escritores.*

Petardos rasgan el cielo
y gritan: ¡favor! ¡favor!
las campanas de los templos.

Da un respingo la ciudad
y se pone en movimiento.



Pasan fingiendo meteoros
los autos de los bomberos
pintados de colorado
carapacho de cangrejo.
Vienen chillando sirenas
que serpentean en los nervios
y todos les abren calle
haciendo pared de pechos.

Un resplandor sonrosado
se insinúa al pié del Cerro
y un coro de llamas ágiles
baila una danza de velos.

Del color de la casaca
llegan al fin los bomberos.
Sus serpientes amaestradas
vomitan agua del cielo
mientras hacen mondadientes
de las vigas los hacheros.

Suenan voces de clarín
y griterío de aliento:
«¡Cierra, bomba Luzarraga!»
«¡Aura, Salamandra! ¡Adentro!»

En las bocacalles próximas
se apiñan cholos del pueblo
con el disgusto pintado
de arrugo en el entrecejo.
Quisieran haber casaca
encendida como el fuego
y sólo tienen cotona
cotona blanca de céfiro
y camiseta amarilla .
— de envidia de los bomberos —.

Una niña dice así
de codos ante el incendio:
«Mira, mamá, ¡Qué combate
tan reñido contra el fuego!
¡Qué valientes los muchachos!
¡Mamá, yo quiero un bombero
con casaca colorada
y galones de sargento!»

Ya están tocando fagina.
Ya se ha acabado el incendio.
Ya regresan tintineando
los autos y los bomberos
vienen sudando fatiga
mojados de agua y de esfuerzo.

Salen a verlos pasar
los viejos y los pequeños

y el tráfico se suspende
en la calle del comercio.

Las niñas guayaquileñas
de sus balcones abiertos
les forman con sus sonrisas
arcos de agradecimiento.

Y otra vez a la ciudad
le vuelve el latido al cuerpo.

ROMANCE DEL TEMBLOR

*A Jorge Carrera Andrade y
José Antonio Falconí - Villagómez,
amigos de ayer y de hoy,*

La Ciudad está dormida.
Tiene el Cerro por almohada.
Ronca en la voz de los sapos
y tose con las campanas.
Su catre es de plata fina:
agua de ría lunada;
Se arropa de oscuridad
y, como un mastín, la guarda
un moreno desvelado
dentro una roja casaca.

Hay una extraña inquietud
burbujeando en esa calma.
Se oyen toses evadidas
de misteriosas ventanas.
Trasnochadores redoblan
el tambor de sus pisadas.
Chistan lechuzas fatídicas.
Ladran cien perros fantasmas.
Y se despiertan los niños
lloriqueando húmedas ansias.

De pronto alguien ha llegado
y nadie le vió la cara.
Es un personaje ciego
sin oído ni palabra
que remece los estantes
hace hamaquearse las lámparas
va destrozando cristales
abre las puertas cerradas...
Y a los vecinos inyecta
virus de epilepsia falsa.

El miedo aumenta escalones
a las arbóreas escalas.
Cambia de lugar las ropas
y disminuye las sábanas.
Profesor de maquillaje
amarillea las caras.
Puebla de ayes los portales
y espolvorea fe en las almas:
«¡Ay, Jesús, María y José!
¡La Providencia nos valga!»

Nuevo Descubrimiento
de Guayaquil



ROMANCE DEL CIERRAPUERTAS

*A Julito Mata Martínez,
Samuel Contreras Merizalde
y demás compañeros de adolescencia.*

Una ráfaga de miedo
cierra de golpe las puertas
gota de limón caída
en la ostra de la prudencia.
La ciudad se queda muda
inmóvil, vacía, quieta.
Sólo los faroles pueblan
las callejuelas desiertas.
(Los faroles se han quedado
¡pero sus llamitas tiemblan!)

Por bajo de las persianas
dimes y diretes vuelan.
Lo que no saben los ojos
la imaginación inventa.
El tañir de las campanas
como señal se interpreta,
se pone letra a la música
de los toques de corneta.

Y los oídos se alargan
y los nervios se exasperan.

«¡Cierre la puerta, comadre,
que se le ha quedado abierta!
¡Echele el pestillo grande
y atránquela como pueda!
¡Dizque el general Alfaro
va a tomarse el Alhajuela
y mi general Montero
se ha calzado las espuelas
ha afilado su machete
y anda montado en su yegua!»

Por la esquina de El Salado
estalla una camareta.
Con su matraca de ruidos
la ametralladora juega.
El cañón golpea el tambor
de la bulliciosa fiesta
y un grito escribe en el aire
la sediciosa etiqueta:
«¡Viva el general Alfaro,
caudillo de la revuelta!»

ROMANCE CRIOLLO DE LA NIÑA GUAYAQUILEÑA

Homenaje a todas las porteñas.

Guayaquileña bonita
palomita cuculí
fragancia de los frutales
granito de ajonjolí
carnecita de canela
blancor de coco al reír
pelo de noche sin luna
mirada oscura de añil.
¡No me mires de ese modo
porque me voy a morir!

La lluvia va improvisando
cortinas de agua sin fin
y las calles enlodadas
visten un oscuro gris.
Los grillos quieren cantar
a lo Ibañez-Safadi
y en las esquinas los pacos
flautean su piulí.
¡Se está cebando el invierno
con el pobre Guayaquil!

La niña guayaquileña
— suavidad de caniquí,
pabilo que se consume —
se está muriendo de esplín.
¡No te mueras, morenita,
sin antes quererme a mí
sin que me digan tus labios
palabritas de canguil
sin recostarte en mi pecho
y dormirte de perfil.

Cuando la calle se quede
color de guachapeli
guáchara de todo ruido
triste como un amorfín,
yo me aparearé de la noche
y me llegaré hasta tí
para cantarte al oído
eso que deseas oír:
«¡Me quiero casar contigo
pedazo de serafín!»

ROMANCE DE LA NIÑA MORENITA

*A Emmita Ortiz, que popularizó este poema,
y a todas las recitadorcitas guayaquileñas.*

No era ni blanca ni rubia.
La niña era morenita.
Pelo de hule charolado
brillante sin brillantina.
Ondulado natural
sin ir a peluquerías.
Boca de abultados labios
recién picados de avispa.
Cuando estaba en el colegio
las otras niñas decían:
«¡No juguemos con la zamba
que no es de buena familia!»

No era ni blanca ni rubia.
La niña era morenita.
Tan grandes eran sus ojos
que en su cara no cabían.
Tan estrecha su cintura
que en su pulsera entraría.
Tempestades provocaba
cuando por las calles iba,

vendaval de admiración
con truenos de simpatía:
«¡Qué negra más estupenda!
¡Qué mulata tan bonita!»

No era ni blanca ni rubia.
La niña era morenita.
Y sin saberlo por qué
al pensarlo, entristecía.
Hubiera querido ser
blanca como margarita.
Tener la carne color
de la pulpa de la piña.
No se oiría llamar
«¡negra! ¡zamba! ¡mulatilla!»
(¡Ay, no poder desteñirse
lo mismo que una camisa!)

No era blanca ni era rubia.
¡La niña era morenita!
¡Qué más galardón que ser
Venus tallada en diorita!
¡Criolla como lo fue
la Emperatriz Josefina!
¡Morena como la Virgen
y como la Sulamita!
¡Qué más suerte que tener
el talle leve de espiga
el pecho firme de asfalto
la carne canela tibia
y el corazón con ardor
de hierro en la llama viva!

¡No era blanca! ¡No era rubia!
¡La niña era morenita!
¡Morenita retrechera
de esas que roban la vida!

ELOGIO DE GUAYAQUIL Y DE UNA GUAYAQUILEÑA

*A Tí, para quien fue escrito
este romance.*

Guayaquil tiene una torre
y la torre una campana
y la campana una voz
que me resuena en el alma.
Para que caigan mejor
en la ciudad sus palabras
le van rompiendo silencios
gallos de la madrugada.
(¡Siempre que se echa a sonar
estoy pensando en tí, amada!)

Guayaquil tiene una ría
con el agua de esmeralda
con vaporcitos ríeros
que gritan pitadas blancas
con canoas que antes fueron
árboles de las montañas
con islas que parece
que se las llevara el agua.
(¡Vámonos pronto a embarcar
en una, antes de que partan!)

Guayaquil tiene una calle
la calle tiene una casa
y la casa mi niñez
y un par de cabezas canas.
Un parque en que yo jugué
y en su mitad, inculcada,
una estatua de Bolívar
que parece una medalla.
(¡Préndemela aquí en el pecho
con un alfiler de plata!)

Guayaquil te tiene a tí
como en brazos de una hamaca.
Guayaquil te tiene a tí
y contigo, mi esperanza.
Ni la torre ni la ría
ni la voz de la campana
ni la calle ni la estatua
contigo le harían falta.
(¡Guayaquil te tiene a tí,
y no puede querer nada!)

ROMANCE DEL RETORNO

*A Pío Jaramillo Alvarado
y Angel F. Rojas
unidos en mi afecto.*

Ya estoy aquí, Guayaquil,
vuelto de mares y cumbres.
A refugiarme en tus brazos
otra vez, y que me acunes.
A sentirme colegial,
de nuevo, bajo tus nubes.
Niño de fácil sonrisa
imaginero de azures.

Aquí me estoy bajo el cielo
donde ví la primer lumbre,
agitado de emociones
como ante el primer disfrute,
golpeándome el corazón
niños amores que tuve:
parque, cerro, ría, estero,
fuertes trinos y perfumes.

No sé ni con qué sonrisa
mi ciudad, yo te salude,
con qué nuevo sentimiento

o qué actitud de actitudes.
¡Toda la vida pendiente
de tu pequeñez ilustre!
¡Todo el camino de vuelta
iluminado de luces!

Vengo a rescatar tesoros
que en mis andanzas no tuve:
el ladrido de mi perro
el silbo de mi cucube
el dulzor de mi naranja
y, miel que a todas resume,
la palmada sobre el hombro
y el beso en la frente, dulce.

Ya estoy aquí, Guayaquil
otra vez, a que me acunes.

OTROS ROMANCES

ROMANCE DE MI DESTINO

*A Galito Galecio y
Pedro Jorge Vera
benjamines del nuevo arte.*

Todo lo que quise yo
tuve que dejarlo lejos.
Siempre tengo que escaparme
y abandonar lo que quiero.
(Yo soy el buque fantasma
que no puede anclar en puertos.)
Ando buscando refugios
en retratos y en espejos
en cartas apolilladas
y en pálidos documentos.

¡Por más que estire las manos
nunca te alcanzo, lucero!

Jugo de amargos adioses
es mi vaso predilecto.
Yo me bebo a tragos largos
mi pócima de recuerdos
y me embriago en lejanías
para acariciar mis sueños.
¡Nadie sabe como yo

lenguaje de los pañuelos
agitándose en los muelles
sacudiendo el aire, trémulos!

Nadie como yo nació
con destino marineró.

(¡La única flor que conozco
es la rosa de los vientos!)

COGIDA, PASION Y MUERTE DE GITANILLO DE TRIANA

*Para Alfredo Palacio Moreno
y Carlos Zeballos Menéndez,
buenos artistas y mejores amigos.*

¡Ay, se murió mi torero!

Gitanillo se apodaba
y era gitano legítimo
de verdi-morena cara
de esos gitanos juncales
que García Lorca canta,
de esos gitanos de esencia
que en sus lienzos retratara
Julio Romero de Torres
gran gitano «honoris causa».

El toro que le mató
Fandanguero se llamaba.
(¡Malhaya seas torillo,
hijo de una mala vaca,
alma de guardia civil
enemigo de su casta!)

Nuevo Descubrimiento 71
de Guayaquil

El toro era negro, negro.

Gitanillo iba de plata
y paseaba por el ruedo
su indolencia gitana.

Las palmas hicieron humo
cuando le toreó de capa
el capote desmayado
y atornillada la planta.
(¡Las palmas hacían humo
siempre que él toreaba!)

Bajo el tendido del 1
con la muleta lo llama.
El toro no quiere ir
Gitanillo se adelanta.
Fandanguero al verle cerca
hecho un huracán se arranca,
le prende con un pitón
por una pierna y le lanza.
Cae debajo del estribo
y el toro otra vez le agarra.

En el cuerpo del torero
desahoga su venganza.

Cuando le quitan de ahí
los capotes, no hace falta.
El pobrecillo gitano
tiene tres malas cornadas.

Los toreros le recogen
y lo llevan en volandas.
La cabeza del gitano
se le cae a la espalda.

Toda la gente decía
sintiéndolo con el alma:

«¡Pobrecillo Curro Vega
Gitanillo de Triana!»

II

Dos meses toreó a la Muerte,
cuerpo a cuerpo, cara a cara;
dos meses dándole quiebros
de agonías en la cama.

Dos meses toreó a la Muerte
vestido de blanco y grana
—grana el borde de la herida,
blanco el color de la sábana—.

Por fin se apagó —¡por fin!—
la esperanza de Triana
como un alhelí andaluz
que bajo un pié se tronchara.

Su novia la bailaora
en canto jondo lloraba.

Se disolvían sus pupilas
verdes en verdosas lágrimas.

Mandó una corona grande
como el ruedo de una plaza.

Una tarjeta decía:

«A Paco,

su

Carmen Vargas».

INDICE



	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	5
NUEVO DESCUBRIMIENTO DE GUAYAQUIL	19
ROMANCES DEL 800.	
Hazaña y timbre del 9 de Octubre (1820)	29
Conjunción y entrevista de Bolívar y San Martín. (26 de Julio de 1822).	31
Tránsito y gloria de Olmedo. (1847)	37
Romance del conspirador enamorado (Fines del 800)	43
Elegía marinera de Guayaquil antiguo	46
ROMANCES DEL 900.	
Romance del incendio.	51
Romance del temblor	54
Romance del cierrapuestas.	56
Romance criollo de la niña guayaquileña	58
Romance de la niña morenita	60
Elogio de Guayaquil y de una guayaquileña.	62
Romance del retorno	64
OTROS ROMANCES	
Romance de mi destino	69
Cogida, pasión y muerte de Gitanillo de Triana.	71



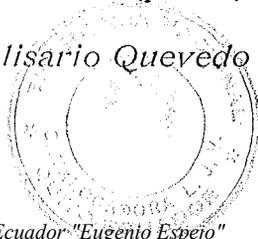
OBRAS PUBLICADAS
POR LA EDITORIAL ATAHUALLPA
Organo del SINDICATO DE
ESCRITORES Y ARTISTAS

FLAGELO (drama) por <i>Jorge Icaza</i>	\$ 1,50
DOCTRINA Y TECNICA (ensayo) por <i>Humberto Mata Martínez</i>	3,00
AGUA (novela) por <i>Jorge Fernández</i> . Por- tada de <i>E. Kingman</i>	4,00
LUZ DEL NUEVO PAISAJE (poemas) por <i>Alejandro Carrión</i> (agotado)	3,00
NUEVO ITINERARIO (poemas) por <i>Pe- dro Jorge Vera</i>	3,00
HOMBRES DEL ECUADOR (20 xilogra- bados) por <i>E. Kingman</i>	8,00
COCKTAILS (crónicas) por <i>Raúl Andrade</i>	5,00
HUASIPUNGO (5ª edición) por <i>Jorge Ica- za</i> . Portada de <i>E. Kingman</i>	2,50
"NUESTRA ESPAÑA" Homenaje de los poetas y artistas ecuatorianos. Prólogo de <i>Benjamín Carrión</i>	2,00
ASPECTOS DE LA FE ARTISTICA (en- sayo) por <i>José A. Llerena</i>	2,00
NUEVO DESCUBRIMIENTO DE GUA- YAQUIL (romances) por <i>Abel Romeo Castillo</i>	3,00
CHOLOS (novela) por <i>Jorge Icaza</i>	6,00

EN PRENSA:

Cancionero de la soledad y el deseo (poesía) por
Alejandro Carrión.

Historia del Ecuador, por *Belisario Quevedo* (re-
edición).



Se acabó de imprimir este libro en Quito, el día cinco de Junio del año mil novecientos treinta y ocho, en los talleres de "Litografía e Imprenta Romero", bajo los auspicios de la Editorial Atahualpa, Órgano de publicaciones del Sindicato de Escritores y Artistas.

